

Calibán como símbolo de la cultura latinoamericana

René Gotthelf

Mendoza

En su libro *Calibán, apuntes sobre la cultura en nuestra América*¹, el ensayista cubano Fernández Retamar² se propone demostrar que el símbolo de la cultura latinoamericana no es *Ariel*, como había afirmado José Enrique Rodó, a principios de siglo, sino *Calibán*, figura legendaria de elaboración igualmente extraña a nuestra cultura, pero que esta vez asume, según el autor, "nuestras concretas realidades".

Las figuras simbólicas de Ariel y Calibán surgen de los personajes de una de las últimas obras dramáticas de William Shakespeare, *La Tempestad*, escrita en 1611. Ariel es el "espíritu del aire", mientras que Calibán es un monstruoso aborígen³ de la isla donde transcurre la acción, que puede ser ubicada perfectamente en el Mar Caribe frente a América Central. Ambos personajes están al servicio del tiránico sabio Próspero, destituido duque de Milán que vive en la isla solamente con su hija Miranda.

Para Rodó, *Ariel*, en el simbolismo de la obra del dramaturgo inglés, representa la "parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado en la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la selección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de la sensualidad y de torpeza, con el cincel perseverante de la vida..."⁴.

Dice también el gran escritor uruguayo que las cualidades de Ariel las cultivaron las naciones latinas y es misión de los latinos del nuevo mundo velar para que su espíritu fructifique más. Frente a lo espiritual de Ariel, con el

predominio indiscutible de lo estético, los anglosajones estarían personificados, según Rodó, en Calibán, con el predominio del utilitarismo. Rodó y sus partidarios afirmaban, también, que los Estados Unidos hasta “premiaban” el ánimo y el espíritu de Calibán⁵.

La intención de Rodó es incitar a la juventud “a poner un límite definitivo a la indiscriminada imitación de los Estados Unidos a que se había entregado América Latina desde su Independencia, y para ello no encuentra nada mejor que enjuiciar severamente desde una perspectiva histórica de largo alcance, de tipo idealista, los logros y las limitaciones de la gran nación del norte...”⁶. Ya en 1900 Rodó advirtió el peligro que “implicaba la sustitución de las esencias propias por las extrañas, y se opone desde una posición extrema a los que propugnaron, como Sarmiento, la norteamericanización plena de Latinoamérica como solución a los problemas planteados por el rezago en que se hallaba, con relación al mundo occidental moderno, en la marcha hacia un progreso de índole técnico-científica”⁷.

En su obra, Fernández Retamar pasa una sintética revista a las diversas interpretaciones que se han dado sobre Calibán y formula los comentarios críticos con los que intenta elaborar algunas pautas sobre la cultura latinoamericana.

En algo más de un centenar de páginas, escritas con un estilo fluido que mantiene su agilidad a pesar de las múltiples citas, Fernández Retamar se declara partidario de que, como latinoamericano, hay que sentirse identificado con la figura de Calibán, con la “barbarie” a que hacía referencia Sarmiento, y contrario al deseo “civilizador” del mundo que se “autoproclama libre” y de la oligarquía que es sólo “mera intermediación de los intereses imperiales”⁸.

La pregunta de si existe una cultura latinoamericana, que se formula en el primer capítulo, lleva implícita la duda de la existencia misma de la realidad latinoamericana y, de entrada, dice Fernández Retamar, con ese interrogante, ya se tomaría partido “en favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se

sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte". Según el autor, en ese "otra parte", caben tanto las "derechas" como las "izquierdas" de los centros colonizadores que han "pretendido y pretenden orientarnos con piadosa solicitud".

Dice Fernández Retamar que los países capitalistas han alcanzado una relativa homogeneidad tanto en el aspecto étnico como en el cultural y cita el ejemplo, entre otros, de la exterminación de los aborígenes en los Estados Unidos, hecho que habría servido de ejemplo o modelo coherente para el nazismo alemán. Esta afirmación puede considerarse como fruto de la subjetividad del autor y sin la fundamentación teórica correspondiente, es decir, de dudosa exactitud histórica⁹.

En todos los pueblos coloniales habría cierto mestizaje, pero siempre accidental, pero "existe en el mundo colonial, *en el planeta*, un caso especial: una vasta zona para la cual el mestizaje no es el accidente, sino la esencia, la línea central: nuestra América *mestiza*".

Mestiza es la señal distintiva que José Martí¹⁰ asignó a nuestra cultura –descendiente de aborígenes, de africanos, de europeos, dice–. Característica que también puede descubrirse en Simón Bolívar que había dicho: "Es imposible asignar con propiedad a qué familia humana pertenecemos..."¹¹.

Muchos intelectuales consideran, dice Fernández Retamar, a nuestra cultura "como un aprendizaje, un borrador o una copia de la cultura burguesa europea." Como uno de los ejemplos favoritos se cita que los latinoamericanos han enterrado en la mayoría de los casos sus idiomas aborígenes y adoptado las pocas lenguas de los colonizadores y que éstas se han convertido también en las lenguas latinoamericanas con los mismos instrumentos conceptuales de origen.

Una consciente denuncia de esta situación es la que formula Calibán en *La Tempestad*, a su amo Próspero: "¡Me habéis enseñado a hablar (tu lengua), y el provecho que me ha reportado es saber cómo maldecir..."¹².

La historia de “Calibán”

Fernández Retamar explica el origen del término *Calibán*, anagrama formado por Shakespeare a partir de “caníbal”, expresión que se reitera en sus obras con el sentido de antropófago, y que proviene, a su vez, de “caribe”, indígena del que se destaca su valentía y su afán batallador, originario de la región que luego se llamó el Mar Caribe. *Caribe* y *caníbal*, afirma, son términos que los europeos perpetuaron con un sentido infamante y que es recogido en la obra de Shakespeare como símbolo¹³.

La historia de Calibán y su lugar de origen hacen necesaria la referencia a la obra de Colón y a la de viajeros y autores posteriores, por un lado, y al mar Caribe y sus islas, por el otro. “El *caribe* –dice Fernández Retamar– dará el *caníbal*, el antropófago, el hombre bestial situado irremediabilmente al margen de la civilización, y a quien es menester combatir a sangre y fuego...”

La otra imagen del hombre americano que ofrece Europa, es la del *arauco*, o del taíno, presentado como el “pacífico manso incluso temeroso y cobarde”. Este *taíno* es el que “se transformará en el habitante paradisíaco de un mundo utópico”, mencionado ya en la *Utopía* de Tomás Moro, en 1516. Ambas visiones, dice Fernández Retamar, la del *caribe* y la del *taíno*, constituyen simples “opciones del arsenal ideológico de la enérgica burguesía naciente”. La visión del *caníbal* no es más que la “versión degradada que ofrece el colonizador del hombre al que coloniza”, así se justifica ante sí mismo y ante los demás la única alternativa, debido a su “bestialidad sin remedio”, es decir, “exterminarlo”, o sea, la justificación del etnocidio.

Fernández Retamar rastrea varios de los trabajos utópicos del siglo XVI y principios del XVII. Entre ellos el ensayo de Montaigne *De los caníbales*, que fue conocido por William Shakespeare a través de la traducción de Giovanni Florio y que influyó directamente en el ambiente y los personajes de *La Tempestad*¹⁴. Calibán es presentado como el esclavo salvaje y deforme, hombre concreto casi

animal al que se le puede robar la tierra, "esclavizarlo para vivir de su trabajo y, llegado el caso, exterminarlo...". El autor no duda en afirmar que Calibán es el caribe americano.

Otra visión de Calibán que se analiza es la que presenta Renán en 1878 en su drama *Calibán, continuación de La Tempestad*¹⁵, donde defiende un elitismo aristocratizante y la licitud de que por las desigualdades entre los hombres y los pueblos, pueda darse un pueblo de señores y una raza extranjera de esclavos, de jornaleros agrícolas o de trabajadores industriales. Calibán es, en Renán, la encarnación del pueblo inculto, inepto y corrupto¹⁶. Esta acepción, afirma Fernández Retamar, habría influido en la actitud de Estados Unidos que, veinte años más tarde, interviene en la guerra de Cuba contra España y somete a la isla a "su tutelaje, convirtiéndola, a partir de 1902, en su primera *neocolonia*...". Pero no está probada la relación directa entre la obra de Renán y la incursión armada norteamericana.

Ariel vs. Calibán

Fernández Retamar demuestra una gran preocupación por el problema de la civilización y el mito de Calibán y realiza, entonces, una acerba crítica a diversos autores y a actitudes políticas asumidas especialmente por los Estados Unidos. Así desfilan varios escritores, entre ellos Paul Groussac, quien ve nuestra civilización como la misma del viejo mundo y denuncia la amenaza del "yanqui canibalesco". Otros autores siguen un camino similar: Joaquín de Sousa Andrade, José Veríssimo y el mismo José Enrique Rodó. Para el autor uruguayo *Ariel* es lo mejor de nuestra civilización, mientras que Calibán encarna la civilización norteamericana¹⁷. Destaca entonces Fernández Retamar al igual que Mario Benedetti, lo que llaman ambos el gran acierto de Rodó: es decir, si bien la identificación de Calibán y Estados Unidos estaba desacertada, sólo se había equivocado cuando tuvo que decir el nombre del peligro, "pero no se equivocó en su reconocimiento de dónde estaba el mismo"¹⁸.

La primera versión positiva y “simpática” de Calibán la da el escritor Jean Guehenno en 1928. En 1935 Aníbal Ponce publica *Humanismo burgués y humanismo proletario*. En esa obra, al comentar *La Tempestad*, dice: “en aquellos cuatro seres ya está toda la época: Próspero es el tirano ilustrado que el Renacimiento ama; Miranda su linaje; Calibán, las masas sufridas; Ariel, el genio del aire, sin ataduras a la vida”¹⁹. Ponce reconoce tanto a Calibán como a Ariel su condición de siervos, pero la esclavitud del primero es más “pesada y ruda” que la del otro. Ariel, “mezcla de esclavo y mercenario”, es el intelectual del humanismo renacentista que se desinteresa de la acción y acepta el orden constituido; es para Ponce el “ideal educativo de las clases gobernantes”.

La nueva situación mundial, con la emergencia de los países coloniales, obliga a una nueva lectura de *La Tempestad*. Así es como aparece en París, en 1950, un libro sobre *Psicología de la colonización*²⁰, en el que su autor, O. Mannoni, habla del “complejo de Próspero” e identifica a Calibán con el hombre colonial, que siente el “complejo” y acata la presencia del colonizador (Próspero), concepción rotundamente rechazada por Frantz Fanon, al que también adhiere, por lógica consecuencia, Roberto Fernández Retamar.

George Lamming, escritor de Barbados, también trata el tema en 1960 identificando a Calibán con los países coloniales. Pero en esta obra se siente la influencia de Mannoni: se dice que “Próspero vive con la absoluta certeza de que el Lenguaje, que es su don a Calibán, es la prisión misma en la cual los logros de Calibán serán realizados y restringidos”.

En 1964, el inglés John Wain afirma que “Calibán produce el patetismo de todos los pueblos explotados, lo cual queda expresado punzantemente al comienzo de una época de colonización europea que duraría trescientos años. Hasta el más ínfimo salvaje desea que lo dejen en paz antes de ser «educado» y obligado a trabajar para otro...”.

Como el dato más significativo, Fernández Retamar destaca que en 1969 tres escritores antillanos adoptan en sus obras a Calibán como “nuestro símbolo”. Cada uno de ellos se expresa en una de las grandes lenguas coloniales. Ellos son: el martinicano Aimé Césaire, que escribe en francés una obra de teatro, el barbadiense Edward Brathwaite, que edita poemas en inglés y el mismo Fernández Retamar en su ensayo en español *Cuba hasta Fidel*, donde se afirma la identificación con *Calibán*.

Calibán, símbolo de América Latina

En el tercer capítulo de su libro sobre *Calibán*, Fernández Retamar desarrolla el nudo central de su tesis: “nuestro símbolo no es pues Ariel, como pensó Rodó, sino Calibán”, concepto particularmente nítido, según el autor, para los “mestizos que habitamos estas mismas islas donde vivió Calibán”. Y más adelante sigue la pregunta: “¿qué es nuestra historia, qué es nuestra cultura, sino la historia, sino la cultura de Calibán?”. Por eso la visión de Rodó es considerada como la primera plataforma de lanzamiento para otros planteos posteriores, a pesar de sus carencias o sus desaciertos.

Fernández Retamar critica acerbamente la interpretación sobre Rodó que presenta Emir Rodríguez Monegal, quien no habría visto con claridad el democratismo del escritor uruguayo, la defensa de los valores latinoamericanos y su “enfrentamiento gallardo a los Estados Unidos”^{21,22}.

Al asumir a Calibán como nuestro símbolo, debemos ser conscientes, dice el autor, de que, al igual que otros términos, nos fue impuesto peyorativamente y que es una elaboración extraña, pero “debe asumirse con honor lo que el colonialismo quiso que fuera una injuria”. Es el momento, entonces, de repensar nuestra historia desde el *otro lado*. Pero el otro protagonista no es Ariel, sino Próspero. “No hay verdadera polaridad Ariel-Calibán: ambos son siervos en manos de Próspero, el hechicero extranjero. Sólo que Calibán es el rudo e inconquistable dueño de la isla, mientras que Ariel, criatura aérea, aunque hijo también de la isla, es en ella, como vieron Ponce y Césaire, el intelectual”.

Fernández Retamar destaca que esta concepción de la cultura latinoamericana ya estaba implícita en la frase “nuestra América mestiza” de José Martí y en su artículo de 1891 *Nuestra América* que, según nuestro autor, es uno de los más importantes documentos publicados en esta América desde finales del siglo pasado hasta la actualidad, afirmación que, indudablemente, incluye una gran dosis de admiración personal y de entusiasmo político²³.

A partir de la nueva situación cubana comienza la revaloración minuciosa de la obra de José Martí que, en el ensayo de Fernández Retamar, es elevado a nivel de paradigma en la lucha contra el colonialismo difundido desde las metrópolis. Martí ha dicho, afirma Fernández Retamar, que sentía correr por sus venas *sangre de caribe, sangre de calibán*. Así se identifica con los pueblos americanos que ofrecieron “heroica resistencia al invasor”. En *La Tempestad*, dice Calibán: “...estoy sometido a un tirano, a un hechicero que por su Ciencia me ha despojado de esta isla”, y más adelante el mismo Calibán reitera: “merced a su magia, se ha apoderado de esta isla, despojándome de ella...”²⁴

La tesis de Próspero

La tesis opuesta a la de Calibán, la de Próspero²⁵ también tiene cultores. Según nuestro autor, ellos llaman a los interlocutores, por ejemplo, civilización y barbarie, en lugar de Próspero y Calibán. Y cita la tesis de Sarmiento, que puede oponerse, sin duda, a la de Martí, cuando éste afirma que “no hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza”, rechazando, según Fernández Retamar la *falsa* dicotomía de Sarmiento²⁶. “Martí, al echarse del lado de la «barbarie», prefigura a Fanon y a nuestra revolución”, dice el autor, pero en su *Calibán* deja de lado un análisis más estricto de las circunstancias históricas en que fue elaborada la obra de Sarmiento y la evolución posterior de su pensamiento. Por ello, si bien es posible compartir varias de sus afirmaciones, es notorio también que su tesis pro identificación con Calibán y su veneración hacia Martí lo hacen caer en exageraciones. Tal es así que afirma que “la supuesta

barbarie de nuestros pueblos ha sido inventada con crudo cinismo por «quienes desean la tierra ajena»; los cuales, con igual desfachatez, daban el «nombre vulgar» de «civilización» al «estado actual» del hombre «de Europa o de la América europea»²⁷.

Pero sí puede considerarse correcta su apreciación sobre el antiindigenismo de Sarmiento y su visión de la “civilización” que veía como modelo arquetípico encarnado en los Estados Unidos²⁸. Otra de las diferencias entre Sarmiento y Martí y que destaca Fernández Retamar, es que para Martí no había razas, mientras que Sarmiento descontaba su existencia proponiendo que había que inclinarse por la “mejor”, “la más perfecta y progresiva”, la “más inteligente y bella”, la “caucásica” que debía tomar posesión de los terrenos americanos y dominar a los “salvajes”²⁹. Podría reconocerse aquí la influencia de las ideas y del lenguaje de Renán³⁰.

Para Fernández Retamar, Martí fue el “primer antiimperialista militante de nuestro continente”. Sarmiento, en cambio, exhortaba a ser “como los Estados Unidos”, aunque el mismo autor reconoce que la obra de José Martí no le sea totalmente indiferente³¹. Además hay que tener en cuenta que “toda la segunda mitad del siglo XIX los latinoamericanos vivieron tratando de copiar el modelo norteamericano, que resultaba, sobre todo para los positivistas, el ideal de nación y de organización estatal. Pero cuando en 1898 se produce la guerra entre los Estados Unidos y España por la posesión de Cuba, la traición a la lucha por la independencia de Cuba es para toda la América Latina un rudo golpe. Para los intelectuales que creyeron en el positivismo, y que bajo sus premisas aspiraron a crear otros Estados Unidos latinoamericanos, la actitud del coloso del norte provocó una enorme decepción. Por esto, cuando aparece el *Ariel* de Rodó (1900) con la primera teoría que revaloriza la América Latina y la enfrenta a los Estados Unidos, el libro provoca un gran entusiasmo. La obra representa en síntesis una seria reacción contra el afán de «sajonizar» Hispanoamérica...”³².

Próspero, Jorge Luis Borges y Carlos Fuentes

En el capítulo siguiente Fernández Retamar afirma que la parte del “mundo libre” que le toca a la América Latina tiene figuras mucho más “memorables”, entre las que cita a Jorge Luis Borges, representante de una clase y acusado de una cultura libresca que abjura de sus primeros libros y adhiere al pensar de Sarmiento que, para el autor cubano, “es implacable ideólogo de una burguesía que intenta trasladar los esquemas de burguesías metropolitanas, concretamente la norteamericana, a su país”. Para ello, dice nuestro ensayista, necesita imponerse como toda burguesía “sobre las clases populares, necesita explotarlas en su trabajo y despreciarlas en su espíritu”.

Su oponente, Martí, en cambio, es destacado como el “consciente vocero de las clases explotadas”, antirracista y defensor de lo autóctono. El sueño de Martí, según Fernández Retamar, se hizo realidad en la Cuba contemporánea, mientras que el sueño del desarrollo burgués nacional que concibió Sarmiento fue heredado inevitablemente por los “representantes de la viceburguesía argentina”. América Latina había llegado tarde a esa fiesta, dice Fernández Retamar, y agrega una cita de José Carlos Mariátegui: “los países latinoamericanos llegan con retraso a la competencia capitalista”³³.

Así se conforma el “neocolonialismo”, dice el autor. La “viceburguesía” es el “modesto socio local de la explotación imperial” y los países latinoamericanos quedarían integrados a lo que “luego se llamaría, con involuntario humorismo, el «mundo libre». Y Borges es un escritor colonial”, dice Fernández Retamar; no es un escritor europeo, porque “no hay más que un tipo de hombre que conozca de veras, en su conjunto, la literatura europea (como Borges): el colonial”. Luego agrega que la obra de Borges es uno “de los escándalos americanos de estos años”.

Pero si el autor le reconoce “americanidad” a Sarmiento, a pesar de todas las críticas, ¿por qué no se la reconoce a Borges?

La posición y la visión negativa que tiene Fernández Retamar de la obra de Borges, se basa, seguramente, no sólo en la distinta concepción de la cultura latinoamericana, sino, principalmente, en la adhesión política de Borges que de algunas “veleidades izquierdistas” de su juventud ha pasado a defender “los invasores de Girón, a pedir la pena de muerte para Debray o a dedicar un libro a Nixon.”

En otro trabajo, Fernández Retamar reconoce el valor literario de Borges, que habría contribuido sin duda para que se conozca mundialmente la literatura latinoamericana. Incluso destaca que la obra del escritor argentino sirvió también de inspiración para una obra de pensamiento francés: “en la primera línea de la obra de Foucault, *Les mots et les choses* (1966), se lee: Este libro nació de un texto de Borges”³⁴.

La crítica que en el *Calibán* se hace a Borges es, por lo tanto, más política que literaria y, si bien no es posible separar totalmente los dos campos, Fernández Retamar remarca bien los acentos ideológicos de su crítica.

Un juicio similar, también motivado más por inclinaciones ideológicas que por sus creaciones culturales, recibe Carlos Fuentes que como Borges también habría tenido simpatías por la izquierda, mientras que ahora, dice Fernández Retamar, es “una de las figuras más conspicuas de la *maffia* mexicana” y hace suya, en *La nueva novela*³⁵, la tesis de Sarmiento de “civilización o barbarie”, conflicto que, según Fuentes, sería “el drama de los primeros cien años de la novela y la sociedad latinoamericanas”.

Fernández Retamar acusa a Fuentes de ser uno de los ideólogos de la revista *Mundo Nuevo* y le critica que no haya hecho una reinterpretación de la historia a partir de la perspectiva que la “revolución ha aportado a nuestra América”, pero olvida que la realidad política del resto de los países latinoamericanos se aleja mucho de la situación que se da en Cuba desde la década del sesenta. Para este autor, Carlos Fuentes pretende imponer a la nueva narrativa hispanoamericana un

esquema proveniente de otras literaturas, mientras que para él, lo fundamental es partir de una visión de la historia que tome en cuenta, primordialmente, la realidad concreta de nuestro siglo, entre cuyos rasgos destaca el establecimiento de gobiernos socialistas y el fenómeno de la descolonización. Sin embargo, Fernández Retamar no aclara cuál sería para él el método crítico propio que surge de la literatura hispanoamericana, y que se diferencia de una simple generalización de la “práctica literaria contemporánea”.

Según nuestro autor, Fuentes caería, al igual que Borges, en la categoría de escritor “colonial”, con los rasgos típicos de la “pedantería y el provincianismo” que Fernández Retamar cree reconocer en su visión “lingüística” de la literatura³⁶.

Novela y lenguaje

Para Roberto Fernández Retamar, el calificativo de “latinoamericana” en la literatura no es estético ni geográfico, sino una categoría histórica³⁷.

El partir de un enfoque lingüístico y afirmar el papel preponderante del lenguaje en la nueva novela hispanoamericana produce, necesariamente, según Fernández Retamar, una ahistorización de esa misma literatura. Fuentes, en cambio, afirma que “inventar un lenguaje es decir todo lo que la historia ha callado”, y que su descubrimiento y creación “pone en jaque, revolucionariamente, toda una estructura económica, política y social, fundada en un lenguaje verticalmente falso”.

El análisis que hace aquí Fernández Retamar del papel que juega el lenguaje en la expresión literaria, especialmente en la nueva novela, podría considerarse incompleto y superficial y, aparentemente, no estima en su justo valor la importancia del lenguaje como bastión cultural e, incluso, como elemento de resistencia contra la colonización.

Pero ya antes habíamos visto cómo él mismo reconoce el valor de la lengua como instrumento de dominación, al relatar cómo, poco a poco, los aborígenes americanos fueron perdiendo sus formas de expresión adoptando las lenguas de sus colonizadores.

Y en otra parte, el mismo Fernández Retamar vuelve al tema reconociendo que “la consolidación de un género literario supone, por supuesto, la conquista de un lenguaje”. Incluso, hace extensiva esta afirmación a toda la literatura: “El crecimiento, la consolidación de una literatura, lo son de una determinada forma de pensamiento que encuentra su expresión adecuada (su lenguaje)”. En estos momentos, “el habla de América Latina está diciendo su ser...” (se refiere a la “casa del ser” con que Heidegger designó al habla)³⁸.

La brecha entre Fernández Retamar y Carlos Fuentes es aún mayor cuando éste afirma que “a medida que se agiganta el foso entre el desarrollo geométrico del mundo tecnocrático y el desarrollo aritmético de nuestras sociedades ancilares, Latinoamérica se convierte en un mundo *prescindible* para el imperialismo. Tradicionalmente, hemos sido países explotados. Pronto, ni esto seremos...” Pero, posiblemente, la íntima razón que motiva la crítica de Fernández Retamar, sea que, para él, Fuentes afirmaría la imposibilidad de una “segunda Cuba” y opine que la revolución “carece de perspectivas en América Latina”, con lo que además de “colonial”, el autor lo califica como escritor “contrarrevolucionario”.

Sin embargo, la conclusión que extrae Fernández Retamar podría estimarse apresurada, pues la cita textual de Fuentes es la siguiente: “La política mundial del poder y la división de esferas de influencia constituye un obstáculo enorme para nuevas revoluciones sociales; una segunda Cuba rompería el equilibrio mundial del poder y sería aplastada activamente por los Estados Unidos y abandonada pasivamente por la Unión Soviética...”³⁹. De aquí no surge que Fuentes sea “contrarrevolucionario”. La distinta interpretación de la cita opondría ciertamente al entusiasmo revolucionario de Fernández Retamar el mayor realismo político de Carlos Fuentes, posiblemente respaldado con algunos ejemplos de la reciente historia latinoamericana.

Cultura de síntesis

En el capítulo “El porvenir empezado,” Fernández Retamar declara haber descubierto enorme similitud entre la pretensión de englobar a las “oprimidas colonias y neocolonias” en el “mundo libre” y la “pretensión decimonónica de las clases criollas explotadoras de someternos a la supuesta «civilización». Pero la genuina cultura latinoamericana se habría gestado por el pueblo mestizo, esos descendientes de indios, de negros y de europeos que supieron capitanejar Bolívar y Artigas.”

Es una cultura que, para Fernández Retamar, está en marcha, con rasgos propios, aunque haya nacido de una *síntesis* que no se limita a repetir los rasgos de los elementos que la compusieron. La síntesis es “un nuevo punto de partida” y no un simple compendio. Fernández Retamar no se detiene a explicar en qué consiste esa síntesis. El advenimiento de esa cultura se indicaría, según él, con varias fechas significativas. La primera de ellas sería la sublevación de Túpac Amaru en 1780⁴⁰.

Para el autor, “nuestra cultura es hija de la revolución de nuestro multiseccular rechazo a todos los colonialismos” y agrega: “nuestra cultura, al igual que toda cultura, requiere como primer condición nuestra propia existencia”. También existe la cultura de la anti-América, dice Fernández Retamar, otra cultura forjada aquí, pero la de los opresores que tratan de imponer esquemas metropolitanos o pautas de otros países altamente desarrollados. Si se extremase esta interpretación, resultaría que ambas culturas, la de América y la de la anti-América, por haber surgido en América Latina, son verdaderas, sólo que una responde a la historia del opresor y la otra, a la del oprimido. Aquella se cierra en el “orden burgués” que divide el continente en pequeños nacionalismos, dice Fernández Retamar, mientras que ésta, la historia de hechos, es la del porvenir.

Mariátegui había dicho que “el porvenir de América Latina es socialista”⁴¹ y Fernández Retamar, basándose en el hecho de la Revolución cubana, asegura que el porvenir ya ha comenzado. Éste es el motivo del título del capítulo.

En el último capítulo se reitera que *Ariel*, en el gran mito shakespeareano es “el intelectual de la misma isla que Calibán: puede optar entre servir a Próspero —es el caso de los intelectuales de la anti-América—, con el que aparentemente se entiende de maravillas, pero de quien no pasa de ser un temeroso sirviente, o unirse a Calibán en su lucha por la verdadera libertad”⁴². Debe destacarse que en la obra de Shakespeare, Calibán no lucha realmente por su “verdadera libertad”, sino que, consciente pero disconforme con su situación de esclavitud, sólo pretende liberarse de Próspero para poder servir a otro señor, aunque en cierto momento, totalmente ebrio, cuando ve esa posibilidad, cante: “...tienes nuevo amo, nuevo hombre te dan. ¡Libertad! ¡Prosperidad! ¡Prosperidad! ¡Libertad!...”⁴³.

Siempre está presente la interpretación materialista del autor que transcribe diversos párrafos de Marx y Engels donde se menciona al sector de la burguesía que se pasa al proletariado y la intelectualidad que se considere revolucionaria que debe romper sus vínculos con la clase de origen y sus nexos de dependencia con la cultura metropolitana. El término “intelectual” es utilizado en forma amplia por Fernández Retamar, se entiende por tal un teórico “y dirigente (Mariátegui o Mella), un investigador (Fernández Ortiz) o un escritor (César Vallejo)”. Lógicamente que esta tarea de los intelectuales debe ser diferente en cada país, según que “haya o no triunfado la revolución”, pero el autor no llega a definir concretamente cuál debe ser el papel del intelectual en América Latina.

Adhiere nuevamente a Mariátegui cuando cita al socialismo que no deberá ser “calco y copia”, sino “creación heroica”. “Tenemos que dar vida con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indo-americano.” En este párrafo vuelve a reconocer la importancia del lenguaje en la realidad latinoamericana, con lo que parece contradecir parcialmente lo que afirma más arriba.

La entusiasta adhesión a ese socialismo hace que afloren con orgullo algunas exageraciones cuando el autor afirma que la revolución (indudablemente se refiere a la cubana) “ha heredado lo mejor de la historia latinoamericana” y que

forma parte de "otra vanguardia mayor, de una vanguardia proletaria: la de los países socialistas que ya van apareciendo en todos los continentes. Eso quiere decir que nuestra herencia es también la herencia mundial del socialismo..."; afirmación harto discutible aún de mediar un profundo análisis histórico-político. El sentirse "heredero" y "vanguardia" responde más a una impresión entusiasta y afectiva que a una conclusión meditada⁴⁴.

En las últimas páginas, el autor transcribe y comenta textos de Fidel Castro y Ernesto *Che* Guevara sobre lo que debe ser la cultura, el arte y el valor estético, la "universalización" de la universidad y el surgimiento de la "universidad americana". Según Fernández Retamar ya se ha dado un gran salto en el desarrollo de una cultura realmente nueva, un salto que "implica tareas de inevitable cumplimiento por cualquier revolución que se diga socialista: a la extensión de la educación a todo el pueblo, su asentamiento sobre bases revolucionarias, la construcción y afianzamiento de una cultura nueva...". Y dice más adelante: "El hacer que todo un pueblo que vivió explotado y analfabeto acceda a los más altos niveles del saber y de la creación, es uno de los pasos más hermosos de una revolución".

La obra de Fernández Retamar es la de un ensayista de la cultura, un intelectual americano, profundamente convencido y comprometido con el proceso político revolucionario de su país, que aporta en este libro una reinterpretación de la simbólica latinoamericana reemplazando la figura mítica del espiritual *Ariel* por la del "monstruoso" *Calibán*, y trata, a partir de allí, de elaborar algunas pautas que podrían reconocerse como características de la cultura de Calibán, la cultura de los pueblos colonizados, la cultura de América Latina. Junto con esta visión de la cultura, aflora permanentemente la pasión política y la preocupación constante por el proceso iniciado con la Revolución cubana, pasión que, en varios casos, desborda en ensayo y aparta al autor de la fundamentación o el rigor que el tema podría exigir.

Por la novedad y el interés de la interpretación, consideramos importante que se siga profundizando en el tema, tanto para elaborar una auténtica

simbólica latinoamericana que tenga en cuenta las realidades originarias y el proceso histórico de estos países, como para descubrir, determinar o explicitar las características propias de nuestra cultura y las pautas fundamentales que explican sus creaciones o justifican su funcionamiento.

Notas

¹ FERNÁNDEZ RETAMAR, ROBERTO: *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*. 2ª ed., México, Ed. Diógenes, 1974. 109 pp. (1ª ed. en 1972).

² Roberto Fernández Retamar, poeta y ensayista cubano, nació en La Habana en 1930. Cursó estudios de Letras en su país y luego en París y Londres. Fue profesor en la Universidad de Yale y actualmente lo es en la Universidad de La Habana y dirige la revista *Casa de las Américas*. Fue diplomático de Cuba en Francia. Entre sus obras se cuentan: *La poesía contemporánea en Cuba, 1927-1953*, (1954); *Idea de la estilística*, (1958); *Papelería* (ensayos), (1962); *Qué veremos arder* (poesía); *Poesía reunida* (1948-1965), (1967); *Ensayo de otro mundo*, (1967); *A quien pueda interesar. Poesía, 1958-1970*, (1971); *Calibán Apuntes sobre la cultura de nuestra América* (1972); *Circunstancia de poesía* (1974). Ha colaborado en revistas y en el volumen editado por UNESCO y Siglo XXI sobre *América Latina en su literatura*, con un trabajo sobre "Intercomunicación y nueva literatura" (1972).

³ En la presentación de los personajes de *La Tempestad*, el mismo William Shakespeare dice de Calibán: "esclavo salvaje y deforme, hijo de la bruja Sycorax". (Cfr. *Obras Completas* de W. Shakespeare, 8ª ed., Madrid, Aguilar, 1947. Estudio preliminar, traducción y notas de Luis Astrana Marín, p. 1703).

⁴ RODÓ, JOSÉ ENRIQUE: *Ariel*, 15ª ed., con un estudio crítico de Leopoldo Alas (Clarín). Madrid, s/e., 1919. 128 pp.

⁵ Sobre la interpretación de Rodó es de real importancia el interesante trabajo de Arturo Ardao "Del Calibán de Renán al Calibán de Rodó", en *Cuadernos de Marcha*, nº 50, Montevideo, junio de 1971, pp. 25-36. Allí dice Ardao: "Hay un repetido esquema según el cual, para Rodó, Estados Unidos era Calibán y Latinoamérica, Ariel. Nada más exacto. El espíritu calibanesco triunfante en y con la civilización norteamericana, lo inquietaba por su tendencia imperial, pero lo inquietaba sobre todo por la difusión que del mismo observaba —especialmente por obra del modelo yanqui, de la «nordomanía»— en nuestras embrionarias sociedades. Tan proscripto encontraba a Ariel en el Sur como en el Norte. Esperaba, es cierto, de nuestras soterradas tradiciones latinas, una más pronta regeneración cultural, que no dejaba de augurar también para los Estados Unidos" (p. 34). En otra parte, afirma el mismo Ardao que la preocupación por el bienestar material, considerada en sí misma, no es para Rodó lo calibanesco. "Lo calibanesco, en el plano sociológico, con deformante repercusión sobre la democracia, es la exclusividad, y en muchos casos, la ferocidad, otorgada a aquella preocupación por cierto triunfante tipo social de la época, cuya manifestación eminente —pero no única— la encontraba en el seno de la civilización norteamericana". Para Rodó, los Estados Unidos podían ser considerados como los representantes del espíritu utilitario y de la democracia mal entendida. El defecto radical es no perseguir otro ideal que el engrandecimiento de los intereses materiales. "Su espíritu general —dice Ardao— es calibanesco. Pero la mayor y más peligrosa encarnación del Calibán del Norte, la encontrará (Rodó) en su más alta burguesía..." (p. 33).

Antes que Rodó, el primero que en el Río de la Plata aplicó el simbolismo de Calibán a la civilización norteamericana, fue Paul Groussac, en un discurso pronunciado en Buenos Aires en mayo de 1898 y que, posiblemente, haya influido en el autor del *Ariel*.

⁶ MATESANZ, JOSÉ ANTONIO: "Rodó y los Estados Unidos", en *Revista de la UNAM*, vol. XXVI, n°2, México, octubre de 1971, p. 16.

⁷ *Ibíd*em, p. 16.

⁸ Todas las palabras o frases entrecomilladas en el texto, cuando no se indica específicamente al autor, pertenecen al libro citado de R. Fernández Retamar, *Calibán...*

⁹ José A. Matesanz, que investiga el pensamiento de Rodó y José Martí en relación con los Estados Unidos, dice que éstos destacan el hecho de que los Estados Unidos "aún no han logrado ni una síntesis nacional, ni un equilibrio de los elementos heterogéneos" (art. cit, p. 23).

¹⁰ José Martí es, para Roberto Fernández Retamar, la "primera figura universal del espíritu americano..." (*Intercomunicación y nueva literatura*, op. cit., página 319).

¹¹ Simón Bolívar, "Discurso pronunciado por el Libertador ante el Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, día de su instalación", en *Obras Completas*. Ed. Lex, La Habana, 1950, c. p. 687.

¹² *La Tempestad*, op. cit., p. 1710. En el estudio preliminar de Luis Astrana Marín, éste dice que el lenguaje de Calibán produce la sensación de un idioma extraño, sobrehumano, hechiceresco. Mientras que en la obra, en general, "todo es sobrio, jugoso, limpio, fantástico, elegante, maravilloso; de ensueño por encima de la naturaleza, pero sin abandonar la razón". (Op. cit., p. 97).

¹³ Según Aníbal Ponce, "Calibán es el pobre «monstruo rojo» que Ficino comparaba a un pulpo, Lutero a un asno, Erasmo a una bestia, Maifeo Vegio a un buey. Shakespeare ha descargado sobre él los adjetivos más sangrientos: «terrón de barro», «infecto esclavo», «semilla de brujo», «pedazo de estiércol». Cuatro piernas le ha dado, cara de perro, olor de pez rancio. Lujurioso y ebrio, maligno y crédulo: nada le falta para nuestro horror. Próspero lo trata con repugnancia evidente; pero una vez que Miranda (su hija) le dice: «es un villano que no me agrada ver», el padre sale en su defensa: «Como quiera que sea, no podemos pasarnos sin él. Enciende nuestro fuego, sale a buscarnos leña y nos presta útiles servicios». Imprudentes palabras que nos hacen dudar de la monstruosidad de Calibán y que nos llevan a creer más bien en alguna enorme injusticia de parte de su dueño..." (ANIBAL PONCE: *Humanismo y revolución*. Selección y prólogo de Jaime Labastida. México, Siglo XXI, 1970, pp. 96-97 y cap. "Ariel o la agonía de una obstinada ilusión", cap. III del libro de A. P., *Humanismo burgués y humanismo proletario*). Para Renán, Calibán representaba a las clases inferiores de la sociedad y para Rodó, los impulsos

inferiores del individuo. Pero Rodó, enjuicia a Calibán en las clases dominantes y no en las dominadas o “populares” como Renán. Lo calibanesco es el “espíritu burgués”, dice el uruguayo. (Cfr. A. ARDAO, op. cit., p. 33).

¹⁴ Según Luis Astrana Marín, W. Shakespeare conoció la obra *Los Viajes de Magallanes*, de donde sacó varias ideas y nombres que aparecen en *La Tempestad* y también hay frases tomadas de los *Essays* de Montaigne, en la traducción de Giovanni Florio. (Cfr. op. cit., p. 96). Es generalmente aceptado que las fuentes de las últimas obras de Shakespeare fueron, en su mayor parte, españolas. Sin embargo, algunos autores afirman que Calibán personifica al paria escocés (J. ALEMANY: *Dicc. Enc. Ilustr.*, T. I, Barcelona, 1948). (Id. otras obras).

¹⁵ En su trabajo sobre *Ariel*, Rodó había optado por una forma de doble carácter: el ensayo y la narración, mientras que Renán elige el drama. Con su *Calibán (Continuación de la Tempestad)*, Renán inicia la serie de sus dramas filosóficos en 1878. Es en esta obra donde “más directamente se encara con el problema de la democracia, en los términos en que había venido a colocarlo la actitud insurgente de la clase obrera. La cuestión social es la que pasa ahora a un primer plano, relegándose a condición secundaria la específicamente política, configurada por los aspectos formales de la democracia representativa, que tanto lo habían ocupado...” (A. ARDAO: “Del Calibán de Renán al Calibán de Rodó” op. Cit. p. 30). Hay una notoria influencia de Renán en la obra de Rodó, incluso él mismo lo llama “el más amable de los maestros del espíritu moderno”, pero había una profunda discordancia entre ambos, tanto en lo que respecta al concepto de democracia como al simbolismo de Calibán. A diferencia de Renán, Rodó defiende a la ciencia y a la aplicación práctica del saber científico, también defiende a democracia y el trabajo útil, aunque critique el “utilitarismo” vacío. El aristocratismo de Renán hace que éste considere a la democracia como la entronización de Calibán y postule la necesidad de una oligarquía onnipotente, negando el principio de la igualdad de derechos. Para Rodó, la democracia y la ciencia son dos “soportes insustituibles sobre los que descansa nuestra civilización...” (Cfr. A. ARDAO, op. cit., p. 27). “La similitud entre ambos (Renán y Rodó) consiste, en primer lugar, en que los tres personajes principales de *La Tempestad*, Próspero, Ariel y Calibán (...) reaparecen en ambas obras referidos a la problemática política y cultural de la época; y en segundo lugar en que reaparecen con los mismos simbolismos en lo que estos tienen de más genérico (...) La diferencia radica en que, descendiendo a las particularidades y las concreciones, ninguno de los tres resulta interpretado del mismo modo por Renán y por Rodó” (Ibídem, p. 30).

¹⁶ “Cuando Renán escribió su *Calibán*, tenía la experiencia de dos revoluciones: la del 48 en su juventud, la del 71 en su madurez. Después del triunfo ruidoso de la burguesía en el 89, un enemigo terrible –el proletariado– había venido creciendo y desarrollándose en ella. Engañado por todas las revoluciones de la burguesía que supo siempre hacerlo morir por sus banderas, el proletariado había afianzado en las jornadas de junio del 48, en la Comuna del 71, sus propias reivindicaciones, sus propios ideales revolucionarios” (ANÍBAL PONCE, op. cit., p. 105). Y Ardao, en su trabajo, dice que Calibán “simboliza al pueblo. Pero el pueblo no es aquí, para Renán, la entidad genérica representativa de la

totalidad del cuerpo colectivo, sujeto de la soberanía popular y del sufragio universal, como preferentemente es concebido en sus escritos anteriores a 1871. Ha acontecido la Comuna. El pueblo es para él, antes que toda otra cosa, la clase inferior a la que ha correspondido el duro trabajo manual, y que se halla ahora en actitud de revuelta. Calibán, ser grotesco, llegado apenas a la condición de hombre gracias a Próspero, pero todavía deforme y borracho, es el símbolo de esa clase y de esa actitud" (A. ARDAO, op. cit., p. 31). En otra parte de su trabajo, cuando se refiere al Calibán de Rodó, dice Ardao: "...el espíritu calibanesco, actuante entonces como enérgico factor de degeneración de la democracia, lejos de ser, como en Renán, el de las clases inferiores, es, a su juicio, el de aquellas clases medias y superiores, a las que sólo mueve la exclusiva y excluyente preocupación del bienestar material." Dicho de otro modo, "como fenómeno individual de cualquier tiempo, lo calibanesco es independiente de las distinciones sociales" (Ibíd., p. 33). (Se reitera que, en el plano económico social y con proyecciones sobre la cultura, el espíritu calibanesco estaría representado en el "espíritu burgués" tal como se interpretara este término en el siglo XIX).

¹⁷ ARTURO ARDAO, en su artículo "Americanismo político en Rodó", en *Revista de la UNAM*, vol. XXVI, nº2, octubre de 1971, p. 31, dice: "En setiembre del año 1914, estallada la guerra mundial, combatiendo el imperialismo alemán de la época, escribió Rodó esta advertencia, de acentos proféticos: «Un imperialismo nacional europeo, vencedor del resto de Europa y, por tanto, sin límite que lo contuviese, significaría para el inmediato porvenir de estos pueblos una amenaza tanto más cierta y tanto más considerable cuanto que vendría a favorecer la acción de aquel otro imperialismo americano, que hallaría en la común coincidencia del peligro la ocasión de afirmar sin reparos su escudo protector». El sentimiento antiimperialista de Rodó queda así, contra lo que a veces se ha dicho, inequívocamente documentado." (Cfr. José Enrique Rodó, *Obras Completas*, edit. por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar, 1967 (2ª ed.) y Arturo Ardao, *Rodó y su Americanismo*, Montevideo, 1970).

¹⁸ Dice también Ardao en la obra citada: "...el propio Rodó ya en *Ariel* intuyó la naturaleza esencialmente económica del imperialismo norteamericano. Cuando enjuicia el utilitarismo de los Estados Unidos, es el espíritu de su capitalismo lo que enjuicia..." Y más adelante dice: "La crítica al utilitarismo de los Estados Unidos, que realiza en *Ariel*, lo conduce a escribir: «La influencia política de una plutocracia representada por los todopoderosos, aliados de los *trusts*, monopolizadores de la producción y dueños de la vida económica, es, sin duda, uno de los rasgos más merecedores de interés en la actual fisonomía del gran pueblo»..." (Op. cit., p. 31).

¹⁹ ANÍBAL PONCE, op. cit., p. 96.

²⁰ O. MANNONI: *Psychologie de la colonisation*. París, 1950.

²¹ Cfr. *Obras completas* de José Enrique Rodó, edit. por Emir Rodríguez Monegal, op. cit. y Emir Rodríguez Monegal "El maestro de la Belle Epoque", en *Revista de la UNAM*, Vol. XXVI, nº2, 1971, p. 8.

²² Rodó generalmente habla “de la civilización y la cultura norteamericana como un todo”; Martí, en cambio, “insiste en la diferenciación y la heterogeneidad radicales entre las distintas regiones, entre las múltiples naciones que se agrupan bajo la bandera de las barras y las estrellas...” (cit. de J. A. Matesanz, art. cit., p. 23). Según esta referencia, Fernández Retamar estaría más en la línea de Rodó que cerca de la interpretación de Martí, por la homogeneidad que asigna a la cultura norteamericana. En el artículo mencionado, Matesanz afirma que Rodó, al igual que Martí, piensa que “es servil e inmoral imitar a una civilización ajena y dañada como la norteamericana” (p. 23).

²³ MARTÍ, JOSÉ: “Nuestra América”, en *El Partido Liberal*, México, 1891. (Cfr. *Martí y la primera revolución cubana*. Bs. As., CEAL, 1971, pp. 11-18).

²⁴ SHAKESPEARE, op. cit., p. 1720.

²⁵ En *La Tempestad*, Próspero dice a Calibán: “¡Esclavo aborrecido, que nunca abrigarás un buen sentimiento, siendo inclinado a todo mal! Tengo compasión de ti. Me tomé la molestia de que supieses hablar. A cada instante te he enseñado una cosa u otra. Cuando tú, hecho un salvaje, ignorando tu propia significación, balbucías como un bruto, doté tu pensamiento de palabras que lo dieran a conocer. Pero, aunque aprendieses, la bajeza de tu origen te impediría tratarte con las naturalezas puras. ¡Por eso has sido justamente confinado en esta roca, aun mereciendo más que una prisión!” (p. 1710). Cuando el mismo Próspero se dirige a Ariel, su lenguaje es totalmente distinto, por ejemplo: “... ¡ Eh, Ariel ! ¡ Mi ingenioso servidor Ariel ! ...” (p. 1727).

²⁶ Es ilustrativa la frase de Jacobo Burckhardt escrita en 1885 y que transcribe Aníbal Ponce, donde aparece, aunque con otros términos y referido a otra realidad, el problema de la civilización y la barbarie: “El reproche más grave que se le puede hacer al nuevo medio intelectual del Renacimiento es el de ser exclusivo, es el de dividir en dos clases a la Europa entera: la instruida y la ignorante. Pero ese reproche pierde su valor desde que estamos obligados a reconocer que *el mal subsiste hoy, que todo el mundo lo comprueba y que no podemos, sin embargo, hacerlo desaparecer*” (A. PONCE, op. cit., p. 107).

²⁷ R. FERNÁNDEZ RETAMAR, *Calibán...*, op. cit., p. 48.

²⁸ Rodó decía que el latinoamericano “debe saber la verdad sobre los Estados Unidos para evitar la *yanquimanía*” (Cit. J. A. Matesanz, art. cit., p. 23).

²⁹ Cfr. SARMIENTO, DOMINGO FAUSTINO: *Conflictos y armonías de las razas en América*.

³⁰ “No hay razas —dice Martí—; no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y formas que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva.” (de José Martí, *Obras completas*, La Habana, 1947, tomo I, p. 2035). Matesanz, que es el que aporta la cita, agrega: “Los latinos y los sajones son igualmente capaces de virtudes y defectos; en lo que se distinguen es en las

formas peculiares producidas por sus distintas agrupaciones históricas" (J. A. Matesanz, art. cit., p. 23).

³¹ FERNÁNDEZ RETAMAR, R.: "Intercomunicación y nueva literatura", op. cit., p. 319, dice, refiriéndose a la obra de los modernistas: "Una veintena de periódicos difunde las crónicas de José Martí, que conmueven al anciano Sarmiento..."

³² RODRÍGUEZ DE MAGIS, MARÍA E.: "Rodó y el Ateneo de la Juventud", en *Revista de la UNAM*, cit., p. 26.

³³ Cfr. MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS: *7 ensayos de Interpretación de la realidad peruana*. En *Obras completas*, tomo II. Biblioteca Amauta, Lima, 16ª ed., 1969. (1ª ed., Lima, 1928).

³⁴ R. FERNÁNDEZ RETAMAR, en "Intercomunicación...", art. cit., p. 324.

³⁵ FUENTES, CARLOS: *La nueva novela hispanoamericana*. México, Joaquín Mortíz; 1969. 99 pp.

³⁶ Con palabras similares califica Fernández Retamar a Emir Rodríguez Monegal y a Severo Sarduy.

³⁷ "... por el mero hecho de hablar de literatura *latinoamericana* se ha hecho irrumpir un radical elemento no literario porque «latinoamericana» no es una categoría literaria, estética, tampoco, por supuesto, «geográfico sentimental», como diría con gracia, y sin ninguna razón, Borges; es una categoría *histórica*; los suyos son esos «elementos de naturaleza social y psíquica que se manifiestan históricamente», de que habla Cándido (crítico estructuralista brasileño)"; y más adelante agrega Fernández Retamar: "Ya Mariátegui había señalado en sus *Siete ensayos...*, que «el florecimiento de las literaturas nacionales coincide con la afirmación política de la idea nacional», y que el «nacionalismo» en la historiografía literaria es por tanto un fenómeno de la más pura raigambre política, extraño a la concepción estética del arte". "Hablar pues aunque sólo sea de *una* obra literaria *latinoamericana*, significa haber pasado a sabiendas no a las tormentas de la historia. Es lo que percibió con toda claridad Martí y llevo a sus últimas consecuencias: para que hubiera literatura latinoamericana tenía que haber Latinoamérica; y se dio a hacerlo con lo que en un movimiento característico del tercer mundo, abrió la aventura estética a una empresa ontológica de raíz política..." (de "Intercomunicación...", cit., p. 327).

³⁸ R. FERNÁNDEZ RETAMAR, "Intercomunicación...", cit., p. 330. En el mismo trabajo, cuando el autor se refiere al lenguaje utilizado por Cortázar o García Márquez, dice: "Han procedido con la sabia naturalidad con que se ha escrito siempre la mejor literatura, hablando de los suyos y con su lengua, y la singular consecuencia de ello ha sido que el argentino Cortázar y el colombiano García Márquez están siendo leídos en los distintos países de la América latina no como extranjeros más o menos cercanos, sino como escritores de una misma literatura..." (p.317).

³⁹ CARLOS FUENTES, op. cit., p. 96.

⁴⁰ Dice Fernández Retamar que se “podrían ir marcando algunas de las fechas que jalonan el advenimiento de esa cultura: las primeras son imprecisas, se refieren a combates de indígenas y revueltas de esclavos negros contra la opresión europea”. En síntesis, esas fechas serían las siguientes: 1780 sublevación de Tupac Amarú; 1803, Independencia de Haití; 1810 inicio de los movimientos revolucionarios en diversas colonias españolas de América. Estos movimientos se extenderían hasta bien entrado el siglo. 1867, victoria de Juárez sobre Maximiliano; 1895, comienza la etapa final de la guerra de Cuba contra España (según Martí, también la guerra contra el naciente imperialismo yanqui); 1910, revolución mexicana; 1920-1930, aprox., resistencia en Nicaragua de Sandino y afianzamiento en el continente de la clase obrera como fuerza de vanguardia; 1938, Cárdenas nacionaliza el petróleo en México; 1944, llegada al poder de un régimen democrático en Guatemala, que se radicalizará en el gobierno; 1946, inicio de la presidencia en Argentina de Juan D. Perón, aparecen los “descamisados”; 1952, Revolución boliviana; 1959, triunfo de la Revolución cubana; 1961, Girón, primera derrota militar del imperialismo yanqui en América y proclamación del carácter marxista-leninista de la revolución, 1967, caída del Che Guevara al frente del naciente ejército latinoamericano en Bolivia; 1970, llegada del socialista Salvador Allende al gobierno de Chile (op. cit., p. 79).

⁴¹ MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS: op. cit. Rodó, por su parte, según Ardao, no fue un revolucionario social ni tampoco fue su intención presentar a Calibán con un carácter de protesta social. “Y sin embargo (...) aquella protesta contra el Calibán burgués, de algún modo lo iba a poner en camino de la protesta social.” Más adelante, afirma Ardao, que Renán “no fue socialista, pero saludó al naciente socialismo rioplatense, en las personas de los líderes uruguayo y argentino, Emilio Frugoni y Alfredo Palacios, como reacciones idealistas es decir como reacciones contra Calibán...” (“Del Calibán de Renán...”, cit., p. 35).

⁴² La actitud de Ariel frente a Próspero se ve en el siguiente párrafo: “¡Salve por siempre, gran dueño! ¡Salve, grave señor! Vengo a ponerme a las órdenes de tu mejor deseo; haya que hender los aires, nadar, sumergirse en el fuego, cabalgar sobre las rizadas nubes, a tu servicio estoy; dispón de Ariel y de todo su influjo...” (*La Tempestad*, op. cit., 1709). Sobre la personalidad de Próspero, escribe Ponce: “Amigo de los libros y de las artes mágicas, Próspero es un déspota que no tolera otra voluntad que la suya... Pero tan pronto Ariel lo contraría, Próspero lo castiga y lo insulta” (A. Ponce, op. cit., p. 96).

⁴³ De *La Tempestad*, op. cit., p. 1720.

⁴⁴ Aníbal Ponce en cambio, ve la posibilidad de la revolución personificada en *Ariel*, y no en *Calibán*, como Fernández Retamar. Ya citamos cómo ve que la situación de Calibán, más que debida a su propia monstruosidad, se debe a “alguna enorme injusticia de parte de su dueño” (p. 97); sin embargo, cuando anuncia la aparición del “humanismo proletario” desde las entrañas de la sociedad burguesa y vaticina un venturoso futuro, Ponce dice que sus “triumfos ruidosos en ese mismo reino del Espíritu son los que han decidido a nuestro noble *Ariel* a echarse a volar sobre la vasta tierra con las alas de fuego de la Revolución.” (A Ponce, op. cit., p. 115).